

Cuerpos Tatuados: Narrativas y Experiencias en el Trabajo de Campo Antropológico

Ariana Gárate Vasquez

Licenciada en Antropología por la Pontificia Universidad Católica del Perú y estudiante de la Maestría en Antropología Visual. Ganadora del concurso de Proyectos Breves del CIES (2024) y consultora en Voces en Recuperación. Actualmente, trabaja en la selva central peruana en proyectos de investigación con enfoque de género y pueblos indígenas. e-mail: a.garate@pucp.edu.pe

Resumen

La apariencia física juega un papel crucial en la percepción que los demás tienen de nosotros, especialmente cuando nos “alejamos” de las normas sociales convencionales. A lo largo de la historia, los tatuajes han estado cargados de estigmas asociados a la delincuencia, la rebeldía y la falta de profesionalismo. Sin embargo, con el auge de los tatuajes en las últimas décadas, estos han comenzado a ser interpretados de manera más compleja, reflejando identidad, memoria y expresión personal. En este contexto, ha cobrado fuerza la discusión histórica del tatuaje y sus significados en sociedades no occidentalizadas. A pesar de este cambio, las personas tatuadas siguen enfrentando prejuicios que impactan sus relaciones sociales, incluidas aquellas en el ámbito profesional y académico. En el trabajo de campo, estas narrativas sobre la corporalidad tatuada pueden influir significativamente en las interacciones entre investigadores e informantes, afectando tanto la recepción del investigador como su propio posicionamiento reflexivo. Este artículo tiene como objetivo explorar, desde una metodología autoetnográfica, cómo se construyen narrativas y significados en torno a los cuerpos tatuados de investigadores sociales durante el trabajo de campo, atendiendo a las tensiones que emergen entre la corporalidad tatuada y las expectativas sociales de los contextos de investigación.

Palabras claves

Corporalidad, tatuajes, narrativas y experiencias, autoetnografía.

Tattooed Bodies: Narratives and Experiences in Anthropological Fieldwork

Ariana Gárate Vasquez

Bachelor's degree in Anthropology from the Pontifical Catholic University of Peru (PUCP) and student in the Master's program in Visual Anthropology. Winner of the CIES Short Projects competition (2024) and consultant at Voices of Recovery. Currently working in the central Peruvian jungle on research projects with a focus on gender and indigenous peoples. e-mail: a.garate@pucp.edu.pe

Abstract

Physical appearance plays a crucial role in how others perceive us, especially when we “deviate” from conventional social norms. Throughout history, tattoos have been stigmatized as associated with crime, rebellion, and unprofessionalism. However, with the rise of tattoos in recent decades, they have begun to be interpreted in more complex ways, reflecting identity, memory, and personal expression. In this context, the historical discussion of tattoos and their meanings in non-Westernized societies has gained momentum. Despite this change, tattooed people continue to face prejudices that impact their social relationships, including those in professional and academic settings. In fieldwork, these narratives about tattooed bodies can significantly influence interactions between researchers and informants, affecting both the researcher's reception and their own reflective positioning. This article aims to explore, from an autoethnographic methodology, how narratives and meanings are constructed around the tattooed bodies of social researchers during fieldwork, addressing the tensions that emerge between tattooed bodies and social expectations in research contexts.

Keyword

Corporality, tattoos, narratives and experiences, autoethnography.

Introducción

Desde una perspectiva personal, como mujer con un cuerpo tatuado, he sido objeto de comentarios sobre mi apariencia física desde que la realización de mi primer tatuaje a los 15 años. Mi madre, por ejemplo, cuestionó mis decisiones sobre tatuarme desde el principio. Asimismo, durante mis años escolares, no se me permitió mostrar mis tatuajes. Estas experiencias han influido en mi decisión de “ocultar” mi cuerpo tatuado al ingresar al campo laboral, especialmente al considerar las narrativas que construyo e incorporo sobre mi cuerpo, en relación con los discursos estigmatizantes sobre los tatuajes y las personas tatuadas. Como antropóloga, he realizado investigaciones de campo en diversas comunidades y ciudades del Perú, donde, primero como mujer y luego como persona tatuada, me he enfrentado al temor de que mis tatuajes puedan influir en mi relación con las personas con las que trabajo.

De esta manera, la forma en que nos vemos puede influir de manera significativa en la percepción que los demás tienen de nosotros. A lo largo de la historia, las personas que se desvían de lo que se considera “normal” o “convencional” según las normas sociales han enfrentado diversos estereotipos y prejuicios. Estos prejuicios suelen basarse en características como el peso, el color de piel, los rasgos faciales, modificaciones corporales, entre otros. Los tatuajes¹ son una de las formas de modificación corporal que históricamente se ha relacionado con narrativas discriminatorias, relacionadas con el peligro, las enfermedades mentales, la delincuencia y con las “clases más ínfimas y degradadas” (Martí y Cabrera, 2008). Esto implica que constantemente se desarrollan narrativas y discursos sobre los cuerpos tatuados, los cuales varían según el contexto en el que se desarrollan.

En la actualidad, y a raíz del “boom” de los tatuajes entre los jóvenes en la década de los noventa (Martí y Cabrera, 2008), los tatuajes han comenzado a asociarse con la rebeldía y la desobediencia. Según Demello (2000), las narrativas relacionadas con el cuerpo tatuado influyen de diversas maneras en las personas, dependiendo de factores como la edad, el género, la ubicación geográfica y la profesión. La percepción sobre las personas tatuadas puede influir en sus relaciones interpersonales, tanto en el ámbito educativo como laboral, y en otros contextos. Estudios como el de Soto et al. (2009) señalan que los cuerpos tatuados se convierten en espacios en el que se construyen narrativas y discursos específicos, cargados de connotaciones discriminatorias y estigmatizantes.

Pero ¿por qué es importante el estudio de las narrativas y experiencias de los cuerpos tatuados en el trabajo de campo en la investigación social? En primer lugar, es fundamental señalar que el trabajo de campo es realizado por diversos profesionales, tales como antropólogos, sociólogos, polítólogos, psicólogos comunitarios, entre

¹ Según Martí y Cabrera (2008), los tatuajes tienen sus orígenes en la humanidad desde aproximadamente la era neolítica y han sido una forma de modificación corporal utilizada por diversos grupos sociales a lo largo de la historia.

otros especialistas, quienes, como investigadores sociales, se dedican a comprender las problemáticas sociales o a implementar iniciativas que respondan a ellas. Para que su trabajo sea efectivo, es crucial que se presente de manera “apropiada” ante la población, ya que una correcta interacción con la comunidad facilita tanto el desarrollo de su labor como el progreso de la investigación o proyecto en ejecución.

En estos encuentros durante el trabajo de campo, las subjetividades se entrelazan y se generan percepciones sobre el “otro”² que, en este caso, es el investigador. Las narrativas construidas en torno a él o ella influyen en cómo los informantes son recibido. Como señala Guber (2004), la reflexividad del investigador entra en juego cuando las personas con las que interactuamos en el trabajo de campo también experimentan un encuentro subjetivo al relacionarse con nosotros. Este proceso, según Restrepo (2011), se construye a través de comprensiones situadas y reflexivas entre ambos. De este modo, si la corporalidad tatuada es “mal vista”, el desarrollo del trabajo puede verse obstaculizado. De acuerdo con el autor, es importante tener en cuenta que la reflexividad y el posicionamiento en el campo se construyen a partir de la relación entre el investigador y los informantes. En este proceso, ambos son agentes sociales activos que generan narrativas uno sobre el otro.

A menudo, y desde mi experiencia personal, he dudado en aceptar trabajos de campo en grupos sociales que, según percibo, podrían no sentirse cómodos con mi corporalidad tatuada. Las narrativas y experiencias relacionadas con mi cuerpo tatuado en el trabajo de campo también influyen en mi percepción personal sobre mis tatuajes, moldeando mis propias narrativas corporales. Estas situaciones me han permitido reflexionar sobre la intersección entre mi identidad como mujer tatuada y las expectativas que las comunidades que estudio tienen sobre mí. Estas expectativas suelen estar ligadas a nociones de profesionalismo que pueden, o no, entrar en tensión con la presencia de mis tatuajes. Todas estas experiencias me forman como profesional y me seguirán moldeando a lo largo de mi vida.

De este modo, esta investigación propone una reflexión crítica sobre las experiencias de investigadores sociales con cuerpos tatuados en el trabajo de campo, explorando cómo se construyen narrativas y significados en torno a sus corporalidades dentro de distintos contextos sociales. Desde un enfoque autoetnográfico, se analizan las tensiones que emergen entre la corporalidad del investigador y las expectativas que operan durante la investigación.

Metodología

La presente investigación se enmarca en una metodología que articula la autoetnografía, incorporando entrevistas con otros colegas investigadores como parte del proceso de análisis reflexivo. Concebida como una metodología cualitativa desde las ciencias

² El “otro” puede referirse tanto a la persona que se estudia como al propio investigador.

sociales, la autoetnografía permite articular la experiencia personal con el análisis de contextos socioculturales específicos, posibilitando una mirada situada, encarnada y reflexiva sobre fenómenos sociales más amplios (Ellis, Adams y Bochner, 2015). Más que una narrativa autobiográfica, el enfoque autoetnográfico busca vincular las experiencias personales con lo social y colectivo, generando conocimiento a partir de la experiencia situada del investigador (Chang, 2008).

A través de este enfoque, logré recuperar memorias significativas de distintos momentos de investigación en los que mi corporalidad tatuada generó tensiones, preguntas o silencios durante el desarrollo del trabajo de campo a lo largo de mi trayectoria como antropóloga de formación. Para ello, utilicé técnicas como la relectura de diarios de campo, la evocación de escenas y recuerdos, así como el diálogo reflexivo con otros investigadores tatuados que amablemente compartieron conmigo sus experiencias.

Lejos de aspirar a una mirada objetiva o a una aproximación clásica de la investigación, este trabajo me permite explorar mi experiencia como antropóloga desde una posición corporal y emocionalmente situada. De esta manera, reivindico mi “ser” en mi cuerpo y las narrativas que construyó sobre él a partir del ejercicio etnográfico. Espero que esta contribución autoetnográfica genere un impacto positivo en aquellas personas que poseen cuerpos tatuados, que realizan investigación social, y que desean volver a “conectar” con su piel.

Marco teórico

El presente marco teórico se articula en torno a dos ejes principales que se entrelazan para comprender la experiencia del cuerpo tatuado en el trabajo de campo. En primer lugar, se aborda el cuerpo tatuado como una experiencia corpórea desde la fenomenología y la antropología encarnada. En segundo lugar, se explora la posicionalidad reflexiva del investigador desde la teoría de la otredad, enfocándose en cómo se generan percepciones mutuas entre investigadores e informantes.

El cuerpo tatuado como experiencia corpórea:

En esta investigación, el cuerpo es entendido desde una perspectiva fenomenológica y encarnada, no como un objeto biológico aislado, sino como un sujeto viviente que experimenta, conoce y actúa constantemente en el mundo. Como señala Merleau-Ponty (1945), el cuerpo no es únicamente materia física, sino la condición fundamental para la percepción, la experiencia y la relación con los otros. Esta perspectiva, desarrollada también por la teoría del *embodiment* de Csordas (2011), propone que el cuerpo es la base de la existencia del yo y la cultura, pues esta se reconoce a partir de la experiencia vivida en el cuerpo. En este sentido, es a través del cuerpo que nos situamos en el mundo, lo habitamos y le otorgamos sentido.

En este marco, el cuerpo tatuado encarna una forma específica de corporeidad modificada, cuya interpretación varía según los contextos sociales y culturales en los que se desarrolla (DeMello, 2000). El cuerpo tatuado se entiende como aquel que experimenta la realidad a través de su corporeidad y su estar en el mundo, influenciado por diversas prácticas, discursos y narrativas (Lock, 1993). Desde la perspectiva de la antropología encarnada de Esteban (2004), se le entiende también como una experiencia corporal que está intrínsecamente vinculada con la construcción y constitución de cada persona, así como con la vivencia de ser mujer y profesional. Estas experiencias contribuyen a configurar discursos y narrativas que definen lo que significa tener un cuerpo tatuado.

Como se mencionó, la experiencia corporal – en general, para todos los cuerpos – es fundamental en la construcción de la individualidad, la cultura y la sociedad. Por lo tanto, ahora corresponde aclarar esta relación – entre el cuerpo y el mundo que habitamos – para el caso específico de los cuerpos tatuados. Ya que toda experiencia se vive a través del cuerpo, también la experiencia sociocultural de tener tatuajes se percibe corporal y emocionalmente; por ello, afecta la manera en que nos percibimos a nosotros mismos, a los demás y a nuestro entorno (Naudé, 2022). Esta experiencia corporal se entrelaza con las relaciones sociales, las instituciones y las normas, las cuales son vividas y percibidas de manera distinta dependiendo de factores como la cultura, la clase, el género, las emociones, entre otros.

Sin embargo, no solo la condición social determina la experiencia de tener un cuerpo tatuado, sino que la influencia es mutua. Estudios como los de DeMello (2000) o Atkinson (2003) señalan que los tatuajes deben entenderse como prácticas corporales que inscriben narrativas del yo en el cuerpo, y que tienen el potencial de transformar o cuestionar las normas sociales y culturales que regulan los cuerpos.

De tal manera, el cuerpo tatuado tiene la capacidad de transformar entornos y narrativas desde su propia corporalidad y capacidad de agencia. El cuerpo se conceptualiza como un agente conocedor e intérprete del mundo, desde el cual se experimentan y construyen narrativas sociales (Csordas, 2011). Esta dinámica de vivencia corporal tatuada está profundamente conectada con el “ser” de cada persona.

La posicionalidad reflexiva desde la teoría de la otredad:

Desde la teoría de la otredad, se analiza cómo se construyen y representan las identidades de un “nosotros” frente a un “otro”. Históricamente, como señala Todorov (1987), la construcción del otro ha estado ligada a relaciones de poder y dominación; por ejemplo, particularmente durante la conquista, las poblaciones indígenas fueron representadas desde una mirada colonial que las representaba como incivilizadas y “primitivas”. Sin embargo, esta dialéctica no se limita al pasado colonial, también emerge en los encuentros socioculturales contemporáneos, en los que se formulan narrativas y discursos entre diferentes agentes sociales (Tedlock y Mannheim, 1995).

En el contexto de la investigación etnográfica, el antropólogo y los informantes se sitúan en un intercambio de subjetividades reflexivas (Guber, 2004), en el que cada uno define al otro. Por un lado, el investigador construye representaciones del otro a partir de sus propios marcos socioculturales y conocimientos previos. Por otro lado, el encuentro etnográfico es también una instancia en la que el cuerpo del investigador puede activar procesos de otredad. Como señala Restrepo (2011), las comprensiones entre unos y otros se dan de manera situada y contextual, formándose y transformándose constantemente en función de los espacios, las relaciones y las interacciones que se originan durante el trabajo de campo. En otras palabras, las reflexividades se encuentran y se desafían.

La construcción de la otredad implica procesos de diferenciación en el que ciertos marcadores corporales, como los tatuajes, pueden funcionar como signos de distinción. Según Boivin et al. (2006), la otredad se construye de manera relacional: el “nosotros” se define en contraposición al “ellos”, estableciendo fronteras que pueden incluir o excluir a los sujetos sociales que se encuentran. En el caso de la corporalidad tatuada durante el trabajo de campo, esta dinámica se manifiesta en la forma en que diferentes grupos sociales interpretan los tatuajes del investigador, originando diversas narrativas sobre su presencia. Esto produce una paradoja: el investigador, quien históricamente estudia y observa al “otro”, puede convertirse él mismo en objeto de distinción debido a su corporalidad tatuada. Esto se debe a que los tatuajes, permanentes en la piel, no sólo remiten a decisiones estéticas, sino que están cargados de significados sociales, morales y culturales que varían según los contextos.

En este sentido, el cuerpo del investigador tiene un rol activo y significativo en el desarrollo del proceso etnográfico. Como señala Guber (2004), la reflexividad requiere preguntarse por los modos en que el investigador está implicado, afectando y transformando las relaciones sociales durante el trabajo de campo. En esta misma línea, Boivin et al. (2006) destacan que la reflexividad permite problematizar los procesos a través de los cuales construimos y somos construidos como sujetos sociales. De esta manera, la posicionalidad reflexiva del investigador implica una mirada crítica sobre cómo las características del propio cuerpo, como los tatuajes, se entrelazan con otros ejes sociales: como el género, la etnicidad, la edad o el lugar de origen (Esteban, 2004). Abu-Lughod (1991) menciona que reflexionar sobre nuestra presencia encarnada en el campo no solo implica asumir nuestra subjetividad, sino también reconocer las relaciones de otredad que estructuran nuestras interacciones y la producción de conocimiento durante la investigación.

Mi cuerpo tatuado: identificación y género

Como menciona Martí y Cabrera (2008), los tatuajes han existido a lo largo de la historia, adquiriendo diversos significados según el contexto, como símbolos, amuletos, representaciones, creencias o distinciones sociales. Uno de estos significados

está relacionado con los motivos personales y la identidad de quienes se tatúan. Un tatuaje en la piel puede ser una expresión de identidad propia, más que una forma de diferenciación (Martí, 2008). El cuerpo tatuado refleja singularidades, aptitudes y memorias, lo que muestra no solo lo que eres, sino también a qué comunidad perteneces. Algo similar ocurrió conmigo cuando comencé a tatuarme.

Me hice mi primer tatuaje a los 15 años, junto a una gran amiga con la que aún mantengo contacto. Ambas, siendo menores de edad, conseguimos el contacto de un tatuador practicante que nos ofreció hacernos un tatuaje a cambio de permitirle practicar en nuestra piel. Sin pensar mucho, en este contexto, decidí hacerme mi primer tatuaje. Aunque no me arrepiento de la decisión, reconozco que lo hice con el deseo de destacar y sentirme superior a mis compañeros del colegio, que no tenían tatuajes. En cierto sentido, fue una forma de “hacerme notar” frente a aquellos que no podían hacerse uno. Este significado de diferenciación que le atribuí a mi primer tatuaje, como símbolo de rebeldía y estatus frente a mis compañeros, ha cambiado con el tiempo. Hoy en día, mis tatuajes ya no buscan marcar distancia ni proyectar superioridad, sino que se han convertido en memorias personales, expresiones de momentos significativos y vínculos afectivos que deseo tener en mi piel.

Hace un tiempo perdí la cuenta de cuántos tatuajes tengo, pero hoy, con una mayor conexión con mi cuerpo, puedo afirmar que cada uno de ellos me hace sentir la persona que fui y la que soy. Son como un “museo” de mi historia de vida, impregnado para siempre en mi piel. Mis tatuajes no son algo externo a mi corporeidad, sino que forman parte de ella y, en conjunto, constituyen mi identidad. En mi cuerpo tatuado se pueden observar homenajes a mis mascotas, objetos relacionados con mi abuela, los animales que siento que me representan y memorias que han marcado mi vida. Mis tatuajes, y los que me seguiré haciendo, están profundamente encarnados en mí, y los concibo como parte de mi interior, lo que pone en cuestión la clásica dualidad cuerpo-mente³.

Desde que comencé a tatuarme, he recibido distintos comentarios sobre ellos. En un primer momento, mis padres no estuvieron de acuerdo con mi decisión y me hicieron comentarios que repercutieron sobre mí, como los siguientes: “Se ven mal”, “Las señoritas no tienen tatuajes” o “Los tatuajes son para hombres”. Incluso, en ciertas etapas de mi vida, consideraba estos comentarios como algo que debía evitar. Esta situación me llevó a esconder mis tatuajes y, con ello, reprimí una parte de lo que me hace ser “yo”. De esta forma, los significados y narrativas que construía sobre mis tatuajes se distanciaban de los que otras personas formaban sobre ellos.

³ La dualidad cuerpo-mente es un concepto filosófico que plantea la idea de que el ser humano está compuesto por dos elementos fundamentales y distintos: el cuerpo, que es físico y material; y la mente, que se considera inmaterial, pensante y no relacionada a lo físico (Ryle, 1949).

En estas narrativas y significados sobre quién debería tatuarse o no, emergen cuestiones de género relacionadas con lo que significa ser mujer y los roles femeninos que se nos imponen socialmente. Como menciona De Beauvoir (1949), a las mujeres se nos imponen expectativas sobre cómo deben ser nuestros cuerpos y, al mismo tiempo, cuáles deberían ser nuestros roles. Desde la teoría del *embodiment* (Csordas, 2011), el cuerpo no es solo un soporte pasivo, sino un agente activo que encarna y desafía los mandatos sociales. En mi caso, la práctica del tatuaje se convierte en una forma de inscribir en mi piel un cuestionamiento a esos mandatos de género. Ambos aspectos han tenido efectos en mí, los cuales he experimentado tanto durante mi formación como antropóloga, como en mi trabajo de campo profesional.

Mi cuerpo tatuado durante el trabajo de campo: “estigma” e investigación

El cuerpo es tanto una fuente de existencia como un espacio de experiencia (Csordas, 2011). Un cuerpo tatuado que realiza trabajo de campo se encuentra con diversas subjetividades en sus informantes. Esta experiencia, a su vez, se vincula de manera intrínseca con la identidad personal y con la vivencia de ser mujer (Esteban, 2004). Al llevar a cabo trabajo de campo, mi cuerpo tatuado se aproxima a distintos contextos socioculturales que comprenden y perciben mi persona, y por ende mi corporalidad. Para ilustrar esto, ahondaré en mi primera experiencia prolongada realizando trabajo de campo, que tuvo lugar entre los meses de agosto y octubre de 2023 en un caserío llamado Llasavilca Alto, a las afueras de la ciudad de Chota, Cajamarca. En esta investigación, me dediqué a analizar las narrativas y experiencias de maternidad de mujeres de distintas generaciones del caserío. Por este motivo, mi acercamiento al campo se dio principalmente en los entornos domésticos de las madres con las que trabajé.

Durante la investigación, me alojé en la casa de un comunero que amablemente me hospedó durante tres meses. Antes de comenzar, Don Fermín, me sugirió que usara mangas largas para que “las mamás quisieran conversar conmigo”. Al preguntarle el motivo, me explicó que en la comunidad las personas no tienen tatuajes, y estos pueden ser vistos como una característica propia de alguien “externo”, lo que podría generar desconfianza. Mi cuerpo tatuado representaba lo “exterior”, lo “inseguro” y lo “peligroso”, tal como menciona Douglas (1973), pues el peligro está vinculado con lo foráneo. Por ello, decidí ocultar mis tatuajes para ser mejor recibida en campo. Al analizar esta experiencia, los tatuajes pueden entenderse desde la perspectiva del estigma que menciona Goffman (1963): lo extraño es lo que demuestra la diferencia con los demás, y esa diferencia puede convertir a alguien en “menospreciado” o “menos recibido”. Las narrativas estigmatizantes sobre los tatuajes pueden, o no, distanciar a nuestros futuros informantes durante el trabajo de campo debido a los significados internalizados que tienen sobre ellos. A pesar de esto, es fundamental no juzgar a las personas que atribuyen significados diferentes a los nuestros sobre ciertos temas. Parte de la reflexividad en el trabajo de campo consiste en comprender

las diversas experiencias y narrativas de las personas de manera contextual, sin prejuicios sobre sus formas de pensar (Guber, 2004).

A medida que avanzaban las semanas y mi investigación progresaba, desarrollé una gran amistad con una de mis informantes. Elsa, de 21 años, me comentó que son principalmente los adultos del caserío quienes tienen prejuicios sobre los tatuajes. Ella no veía nada de malo en los míos e incluso me comentó que le gustaría hacerse uno en algún momento, aunque preferiría esperar a vivir fuera de la comunidad para evitar los comentarios de otros comuneros. Esta situación confirmó que las narrativas y los significados atribuidos a los cuerpos tatuados en el campo, dentro de un mismo contexto, pueden variar con el tiempo, especialmente entre las generaciones. Es posible que las personas más jóvenes también deseen hacerse tatuajes, impulsadas por motivos personales y relacionados con sus identidades, tal como me ocurre a mí. De esta manera, el cuerpo tatuado, que en un contexto específico puede ser un obstáculo en la investigación, podría, en otro contexto, convertirse en un tema común que nos permita encontrar similitudes entre investigadores e informantes. El cuerpo tatuado también puede servir como una forma de conexión entre jóvenes, u otras personas de distinto rango de edad, que comparten el deseo de tatuarse.

A pesar de todo, y motivada también por mi necesidad personal de ocultar mis tatuajes⁴, opté por usar manga larga durante todo el trabajo de campo para evitar que fueran visibles. Desde mi perspectiva, mostrar mis tatuajes podría haber influido negativamente en el “éxito” de mi investigación. Esta decisión me llevó a la sensación de que, para poder desempeñar mi labor, debía ocultar parte de mi identidad. Además, consideraba que era una medida necesaria para cumplir con los plazos establecidos por la universidad y entregar un trabajo destacado. Esta situación me recuerda a lo señalado por Hanson y Richards (2021) sobre el éxito etnográfico: las autoras afirman que la autoeficacia, el acceso y la movilidad para desarrollar proyectos de investigación son elementos clave para alcanzar el “éxito” como investigadoras; sin embargo, estos factores se ven amenazados cuando sentimos que nuestro cuerpo o nuestra presencia pueden influir negativamente en la culminación de una investigación. Este fenómeno se acentúa aún más cuando el tener cuerpo tatuado se intersecciona con el género. Esta diferencia puede generar consecuencias emocionales (Hanson y Richards, 2021) para las investigadoras tatuadas. Cabe destacar que, en los últimos días de mi trabajo de campo, me enteré de que el caserío de Llasavilca Alto contaba con dos iglesias evangélicas e israelitas en la zona, lo cual podría haber influido en la interpretación de mis tatuajes. Existen ciertas narrativas a las que, por el simple hecho de no pertenecer a esos contextos, nunca tendré acceso, aunque me gustaría poder comprenderlas.

En un segundo momento, luego de haber culminado mi tesis y comenzar mi experiencia laboral como antropóloga, empecé a trabajar en un proyecto de

⁴ Como se mencionó en el apartado anterior, la necesidad de “ocultar” también está relacionada con las narrativas y los significados atribuidos a los tatuajes en mi familia.

investigación titulado “Voces en Recuperación”. El objetivo principal de este estudio fue comprender las historias, memorias y violencias de dos comunidades asháninkas de la Selva Central, ubicadas en el valle del Perené. En esta ocasión, usar mangas largas resultaba imposible debido al intenso calor de la zona, por lo que me vi obligada a enfrentar mi corporalidad tatuada en el campo. En comparación con mi trabajo de campo previo en etnografía, en esta ocasión me sentí mucho más segura al ingresar al campo y en mis formas de comunicación con las personas con las que iba a trabajar. La experiencia adquirida previamente me permitió sentirme más confiada en mi reflexividad y posicionamiento etnográfico, así como en mi relación con mi propia corporalidad. Como resultado, no sentí la necesidad de ocultar mis tatuajes.

El primer día que llegué a una de las comunidades, un líder asháninka de la zona me comentó lo siguiente: “Sabía que no eras de acá por tus tatuajes. Dije, ¿quién será esa asháninka con tatuajes? Ahí me di cuenta de que no eras de aquí. ¡Pero es un gran gusto!”. Aunque mis tatuajes fueron reconocidos como algo “externo”, al igual que en Llasavilca Alto, no fueron percibidos como algo peligroso ni estigmático. No experimenté en ningún momento miedo al rechazo. Durante todo el trabajo de campo no se formularon más comentarios sobre mis tatuajes, lo que me permitió sentirme más cómoda y segura para concluir la investigación.

En los últimos días de campo, mientras conversaba con Kike, fundador de una de las comunidades, observé tatuajes en su piel. Me comentó que su padre también los tenía, y que se realizaban con agujas y jebe. Según Kike, antiguamente los asháninka se realizaban tatuajes, especialmente aquellos que ocupaban cargos de jefes, líderes o sabios. Los tatuajes servían para marcar los rangos de poder, permitiendo identificar a los líderes. Como señalan Martí y Cabrera (2008), los tatuajes adquieren diferentes significados dependiendo de los valores y significados que les asignen los grupos sociales. De esta forma, la influencia de mi corporalidad tatuada no solo puede alejar a algunos informantes, sino también acercarlos, especialmente cuando nuestras reflexividades se encuentran y familiarizan.

Experiencias compartidas: la negociación del cuerpo tatuado en el trabajo de campo

A partir de mi experiencia realizando trabajo de campo, decidí conversar con otros compañeros con cuerpos tatuados para comprender también sus propias experiencias y las narrativas que se generan en torno a sus cuerpos dentro del contexto de la investigación. A continuación, comarto los casos de dos colegas.

Gustavo

En primer lugar, Gustavo, un compañero antropólogo, comprende sus tatuajes como una representación de los procesos experimentados en diferentes momentos de su vida. Como él mismo dice: “lo que te gusta tiene un significado”. Sin embargo,

menciona que los tatuajes no deben ser demasiado visibles, especialmente por motivos laborales. Este aspecto es aún más relevante para él cuando trabaja con otros grupos sociales, en los que los tatuajes pueden convertirse en un marcador de diferenciación. Gustavo comparte lo siguiente:

“Sé que, si quisiera dedicarme a la vida académica, donde tengo que estar en contacto con diferentes grupos de personas, finalmente no sé cuál va a ser la reacción de las personas. Entonces trato de mantener mis tatuajes en zonas donde no estén muy expuestos a la mirada de otras personas. Cuando he hecho trabajo de campo, he tenido la intención de ocultarlos, de no mostrarlos... Por miedo al prejuicio de los informantes y de las personas con las que trabajo.”

Una vez más, y de manera similar a mi experiencia personal descrita en la sección anterior, se evidencia la necesidad de “ocultar” los tatuajes, influenciada por los prejuicios sociales que aún persisten sobre ellos en ciertos espacios. Gustavo comenta que, para evitar momentos de tensión o incomodidad con los informantes, prefiere esconder sus tatuajes con el fin de ganarse su confianza. En su caso, al trabajar con políticos y dirigentes, considera que debe evitar cualquier situación incómoda que pueda surgir debido a su apariencia. Por ello, busca no exponer sus tatuajes, ya que, según él, es necesario “performar cierta formalidad” como investigadores sociales. De esta manera, se reafirma que ciertos “ajustes u ocultamientos” en nuestra corporalidad son parte del trabajo de campo y resultan necesarios para interactuar en determinados contextos profesionales. No obstante, Gustavo comprende que esto implica “limitar” una parte de sí mismo:

“Hasta qué punto uno limita lo que forma parte de ti, ya que es tu propio cuerpo, por el miedo a lo que dirán, por la presión que uno siente. Sin embargo, creo que es parte del trabajo de campo sopesar y buscar un equilibrio entre las cosas.”

Además, Gustavo comenta que también se debe considerar el impacto que como antropólogos generamos en los contextos de los que no somos parte. Nuestros cuerpos tatuados son un marcador visible de que llevamos algo hacia ese lugar, algo que también consolida imaginarios y relaciones con nuestros informantes.

Por último, Gustavo comparte una experiencia no relacionada con sus tatuajes, pero sí con sus piercings y su cabello largo. Relata que, en una ocasión, se contactó con un dirigente comunal para realizarle una entrevista. El dirigente le respondió por WhatsApp enviándole un “pantallazo” de su foto de perfil con zoom hacia su rostro y le escribió lo siguiente: “No voy a darle la entrevista porque en la comunidad no permitimos hombres con aretes. Gracias.”. Esta situación lo hizo sentir incómodo y rechazado, como si lo estuvieran juzgando. Después de ello, dejó de usar el arete durante el trabajo de campo y cambió su foto de perfil. Gustavo cree que los marcadores visibles, como el arete o el pelo largo, pueden ser interpretados como formas de “feminidad” que son cuestionadas por ciertos grupos sociales. De esta

manera, como menciona Connell (2005), las masculinidades forman parte de un sistema jerárquico en el que algunas masculinidades dominan sobre otras, construidas en relación con lo que se considera “más femenino”. Elementos como los piercings pueden asimilarse a los tatuajes, ya que ambos cuestionan las “normas” sobre las modificaciones corporales.

“Lo que proyectamos en nuestro cuerpo, ya sean tatuajes, aretes u otro tipo de elementos, genera un impacto. Tú no sabes cómo va a impactar a las personas ni cómo va a impactar en ti mismo.”

De esta forma, Gustavo afirma que lo importante es evitar tensiones durante el trabajo de campo, puesto que marcadores visibles como los tatuajes podrían perjudicar la investigación. Por este motivo, resulta más sencillo ocultar parte de nuestra corporalidad en el trabajo de campo que enfrentar el rechazo laboral.

Sara

En segundo lugar, Sara, una compañera antropóloga, comprende sus tatuajes con significados particulares. Destaca especialmente su último tatuaje, una adaptación de la famosa obra El beso de Gustav Klimt, pero con la particularidad de que, en esta versión, son dos mujeres las que se están besando.

Sara comenta que este tatuaje, ubicado en su brazo, la ha hecho más consciente de las personas que la rodean y de las posibles interpretaciones que puedan tener sobre ella debido a lo que simboliza. Durante el trabajo de campo que desarrolló para su tesis, en ocasiones reflexionó sobre la posibilidad de haber pospuesto la realización de este tatuaje, teniendo en cuenta el avance de su investigación y las posibles implicaciones que podrían derivarse de él en ese contexto.

“El tener ese tatuaje... Se nota sobre todo si se ve desde atrás es un dibujo de dos mujeres besándose. Entonces sentía que no solo tenía que tener mucho cuidado de que lo vean y tal, sino también el propio tema que elegí o con quienes me iba a vincular, tenía ciertos sesgo yo de pensar que no lo iba a tomar bien... No me sentía segura al expresar mi sexualidad, ni mi orientación sexual o identidad, o nada.”

De esta manera, los comentarios que escuchó sobre distintas orientaciones sexuales en el campo no le brindaron suficiente seguridad para mostrar ese tatuaje. Menciona que estuvo muy pendiente de ocultarlo con mangas largas, algo similar a lo que me ocurrió a mí en mi trabajo de campo. Aunque no recibió comentarios directos sobre el tatuaje, prefería anticiparse a posibles situaciones que pudieran hacerla sentir insegura o en peligro. “Estar alerta todo el tiempo” fue una parte esencial de su trabajo de campo. Como señalan Hanson y Richards (2021), las experiencias de peligro durante el trabajo de campo indican que para llevar a cabo una investigación etnográfica es necesario enfrentarse a ciertos riesgos. Estos peligros vinculados e

interseccionados a los cuerpos tatuados, el género e incluso la sexualidad, impactan directamente en cómo nuestra presencia influye en la relación con los demás (Esteban, 2004).

Además, Sara señala que debemos estar atentos a qué elementos dentro de nuestra corporalidad pueden ser interpretados como “provocación”, ya que tales narrativas pueden resultar contraproducentes en el objetivo primordial del trabajo de campo: generar espacios de confianza. En este sentido, las negociaciones con nuestras corporalidades son un proceso constante (Csordas, 2011), ya que los tatuajes no solo forman parte activa de nuestra identidad, sino que también participan en cómo nos relacionamos con el mundo y los demás.

Conclusiones

Esta investigación se propuso explorar, desde una perspectiva autoetnográfica, las narrativas y significados que emergen en torno a los cuerpos tatuados de investigadores sociales antropólogos durante el trabajo de campo. A partir de esta mirada reflexiva, se buscó comprender cómo las interacciones con diferentes grupos sociales influyen en la percepción de los tatuajes y en las dinámicas que se generan en el proceso etnográfico de investigación por parte de informantes. Sin embargo, esto no ocurre en todos los casos, ya que la recepción puede ser positiva dependiendo del contexto sociocultural y de las características de las personas con las que se interactúa en el trabajo de campo. Esto sugiere que la corporalidad tatuada, más que una estética o modificación personal, se convierte en un elemento cargado de significados que origina impactos en la relación con los demás y el desempeño en el trabajo de campo.

En respuesta a estas percepciones, tanto mi experiencia personal como la de los investigadores entrevistados, muestran que la reacción común de los investigadores con cuerpos tatuados es ocultar o cubrir sus tatuajes. Las razones para hacerlo son variadas: evitar desconfianza, el temor a ser estigmatizado, anticiparse a situaciones de peligro, o la necesidad de mantener una imagen profesional adecuada para el contexto de investigación. El deseo de no generar “provocación”, evitar ser percibidos como una amenaza o “performar” la formalidad, se convierten en decisiones estratégicas para garantizar la fluidez de la investigación. Estos mecanismos son intencionados, ya que los investigadores a menudo experimentan sentimientos de inseguridad y exclusión, como se evidencia en el caso de uno de los entrevistados, quien fue rechazado por un informante debido a su apariencia.

Sin embargo, los hallazgos también indican que las percepciones de los cuerpos tatuados en el trabajo de campo no son unívocas ni homogéneas. Las interpretaciones de los tatuajes pueden variar dependiendo del contexto y de factores como la edad, el género, la cultura y las relaciones sociales de los involucrados. Un mismo cuerpo tatuado que podría generar rechazo en algunas circunstancias, puede generar afinidad en otros contextos. De este modo, la corporalidad tatuada se convierte en una de

las múltiples formas a través de las cuales se negocian las identidades, marcando también afinidades.

Reflexionar sobre mi propia experiencia y corporalidad tatuada me ha permitido comprender cómo las narrativas sociales sobre el cuerpo se construyen también a partir de normativas estéticas y de género. En este contexto, los tatuajes en el cuerpo de una mujer, como en mi caso y el de Sara, adquieren significados específicos. Los tatuajes en mujeres se perciben comúnmente como una transgresión de los estándares tradicionales de belleza y feminidad. Estas normativas, estrechamente vinculadas al género, configuran la manera en que somos recibidas y cómo interactuamos con nuestros informantes. Las narrativas sobre los tatuajes también dependen de las características del individuo que los lleva, destacando la intersección de factores como la sexualidad, los cuales influyen de manera significativa en la forma en que somos percibidos durante el trabajo de campo.

La corporalidad tatuada, como se ha mencionado, es una forma activa de estar en el mundo y de relacionarse con los demás. Es un componente fundamental en la producción de datos y en la construcción de relaciones sociales dentro del trabajo de campo. A través de nuestras pieles tatuadas, negociamos nuestras identidades y las representaciones sociales que nos acompañan en la investigación, lo que resalta la importancia de la reflexividad en la etnografía. Al igual que lo afirman estudios previos (Esteban, 2004), la corporalidad no es solo una herramienta para acercarse al otro, sino que forma parte integral de la experiencia investigativa.

En este sentido, los testimonios de investigadores como Sara y Gustavo ilustran las experiencias vividas en campo por quienes tienen cuerpos tatuados. Estas vivencias subrayan cómo la corporalidad influye en el “éxito” de la investigación, y cómo, en algunos casos, se convierte en un factor que condiciona las interacciones con los informantes y los resultados de la investigación. La etnografía corporalizada, por tanto, debe ser vista como un enfoque que no solo investiga las culturas y contextos sociales, sino que también se adentra en las experiencias vividas de los investigadores, reconociendo el conocimiento que emerge de sus cuerpos (Hanson y Richards, 2021).

Siguiendo con lo anterior, si bien la reflexividad y el posicionamiento en el campo han sido ampliamente discutidos en la antropología, pocas veces se ha profundizado en las percepciones que emergen de la presencia física del antropólogo en el trabajo de campo. Este trabajo busca ser también una invitación a reconocer que nuestras corporalidades influyen en la manera en que producimos conocimiento y nos posicionamos como investigadores. Reflexionar sobre las tensiones y desafíos que implica tener un cuerpo tatuado en el ámbito profesional abre la posibilidad de desarrollar una etnografía más comprometida y reflexiva, que no solo se centre en los sujetos de estudio, sino también en los cuerpos de quienes investigan.

Referencias bibliográficas

- Abu-Lughod, L. (1991). Writing against culture. En R. G. Fox (Ed.), *Recapturing anthropology: Working in the present*(pp. 137–162). Santa Fe, NM: School of American Research Press.
- Atkinson, M. (2003). *Tattooed: The Sociogenesis of a Body Art*. University of Toronto Press.
- Boivin, M., Rosato, A., y Arribas, V. (2006). *Constructores de otredad: Una introducción a la antropología social y cultural*. EUDEBA.
- Connell, R. W. (2005). Growing up masculine: Rethinking the significance of adolescence in the making of masculinities. *Irish Journal of Sociology*, 14(2), 11-28.
- Csordas, T. (2011). Embodiment: Agency, sexual difference and illness. En F. Mascia-Lees (Ed.), *A companion to the anthropology of the body and embodiment* (pp. 137-156). Wiley-Blackwell.
- De Beauvoir, S. (1949). Woman as other. *Social Theory*.
- DeMello, M. (2000). Bodies of inscription: A cultural history of the modern tattoo community. Duke University Press.
- Douglas, M. (1973). Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú (Vol. 1). Siglo XXI de España Editores.
- Ellis, C., Adams, T., y Bochner, A. (2015). Autoetnografía: un panorama. *Astrolabio*, (14), 249-273.
- Esteban, M. L. (2004). Antropología encarnada. Antropología desde una misma. *Papeles del CEIC*, (12).
- Goffman, E. (1963). Embarrassment and social organization. En N. J. Smelser & W. T. Smelser (Eds.), *Personality and social systems* (pp. 541-548). John Wiley & Sons.
- Guber, R. (2004). Salvaje metropolitano. Paidós Ibérica.
- Hanson, R., y Richards, P. (2021). Acosadas en terreno: El género, la raza, la nación y la construcción del conocimiento etnográfico. *Polis. Revista Latinoamericana*, (59).
- Lock, M. (1993). Cultivating the body: Anthropology and epistemologies of bodily practice and knowledge. *Annual Review of Anthropology*, 22, 133-155.
- Martí, J., y Cabrero, F. (2008). La cultura del cuerpo y los pueblos indígenas (Vol. 21). Editorial UOC.
- Merleau-Ponty, M. (2007). From the phenomenology of perception. En M. Lock & J. Fraguhar (Eds.), *Beyond the body proper. Reading the anthropology of material life* (pp. 133-149). Duke University Press. (Obra original publicada en 1945)
- Naudé, F. (2022). *Tattoos as an expression of narrative identity among emerging adults* [Tesis de maestría, University of the Free State]. UFS Scholar.
- Restrepo, E. (2011). Técnicas etnográficas. Documento de trabajo, 1-39.
- Ryle, G. (1949). El concepto de la mente. Paidós.

Soto, J., Santiago, L., y Cotto, Z. (2009). Rasgando la piel: Tatuajes, cuerpos y significados. *The Qualitative Report*, 14(2), 374-388.

Tedlock, D., y Mannheim, B. (Eds.). (1995). *The dialogic emergence of culture*. University of Illinois Press.

Todorov, T. (1987). *La conquista de América: El problema del otro* (3.^a ed.). México: Siglo XXI Editores.